Comienzo obras circuito F1. Francisco Camps y Rita Barberá. Foto: García Poveda.

AQUELLOS DÍAS, ESTAS REALIDADES

José Ricardo Seguí Rodríguez-Flores

Aunque resulte retórico, es bien cierto que quien olvida su historia está condenado a repetirla. También, que no es fácil entender un presente sin al menos conocer parte o todo su pasado, y desear comprenderlo. Menos aún en esta Autonomía en la que el pasado político es sinónimo de cambio perpetuo e improvisación, simplemente, para hacer olvidar la historia, manipularla en el tiempo del olvido y hasta reconvertirla en una nueva verdad de cierto desgaste y arbitrariedad. No lo afirmo yo, sino la propia Historia. Y los tribunales de Justicia…

¡Bienvenidos al espectáculo!

Desde la llegada de la democracia, nuestras instituciones se han convertido en entidades de cambios drásticos y caprichosos, lentitud, draconiano sistema legislativo, burocracia y normativas y, más tarde, de mucha desconfianza o servilismo y utilización partidista y despilfarro. Hay de todo. Ya no sólo entre partidos de diferente ideología sino hasta dentro de los propios partidos en el poder que aprovecharon, y aún aprovechan, cualquier cambio legislativo para introducir otros muchos cambios mayores. Pero con la sociedad, siempre a su servicio. Nunca como referente. Un sistema político viciado no es solidario, salvo de sí mismo.

Un científico de mucho nivel internacional me confesaba que, participando en un congreso en Inglaterra, un colega nórdico le recordó que en su país existía una norma no escrita pero que se aplicaba escrupulosa y estrictamente: “Lo que funciona, no se toca”, le recordó. Suerte que tienen por aquellas latitudes frías pero consecuentes con la lógica. Nosotros somos latinos, en este caso por desgracia.

Por ello, aunque la sugerencia inicial o el fin de este trabajo fuera un análisis de un periodo acotado, en el que todo explotó por los aires, y la sociedad fue sumida “en el narco sistema político judicial” o el robo

a manos llenas, no es fácil llegar hasta el final, sin realmente conocer su proceso evolutivo, esto es, qué es lo que nos condujo hasta ese final de ciclo decadente y ruinoso, que muchas generaciones arrastrarán económicamente y quizás nunca comprenderán. Porque fue inaudito. Es decir, la descomposición de una realidad por muy duro que resulte intentar entenderla. Pero fue así. O más o menos de esta manera.

El juego

La política es un juego en el que perdura el cambio de realidades y prioridades, según el contexto y la tolerancia entre partidos o familias políticas dentro de las mismas organizaciones. Y hasta la propia sociedad interesada en participar del mismo juego como observadora o actor latente. Con sus incompetencias y nulidades, que son interminables. No siempre los buenos, honestos y brillantes están en el lado oportuno, no es lo general. Nunca tampoco los realmente solidarios y decididos. Ya se ve. Llegan al poder y se doblan el sueldo. En fin. Es una cuestión social y por nuestra parte de tolerancia.

Yo los llamo cazarecompensas o dragones insaciables, por aquello de estar al tanto y actuar desde la oscuridad. Formamos parte de una sociedad singular, con un reparto de cargos y territorialidades de gestión en la que a veces no siempre existe un guión ordenado, o sólo va unido a un líder o a una corriente interna política, pero nunca lo es como resultado de un pacto global que interese o incluya a todos. No interesa porque salta límites, o los desdibuja, o el mismo poder no entiende, y por ello lo esconde como propio resultado de mediocridad. Luego, todo cambiará. No estará el mejor ni se quedará quien bien lo hizo. Sino que siempre llegará otro/a por afinidad, pero casi nunca por credibilidad y extrema profesionalidad, salvo excepciones.

Érase una vez en el que no había casi nada. Lo justo, o lo heredado de un sistema en el que era mejor no hacer ruido. La sociedad civil tenía un protagonismo silencioso. Hasta que los tiempos comenzaron a cambiar y esa misma sociedad comenzó a gozar de una personalidad real vinculada a todos los campos, pero sometida a un orden/desorden que había que comenzar a reestructurar con el propio cambio de sistema político y la llegada de las denominadas libertades.

Cuando hablo de principio, lo hago de cambio o transición política, del paso de una dictadura a la apertura mental, económica y social, la esperanza: a un nuevo tiempo que aún así se ha desdibujado también con el paso del mismo tiempo, y donde el actor político se ha creído y creyó o hasta aún se cree dueño de las intenciones o necesidades comunes cuando realmente está de paso y al servicio. Pero

nunca se piensa en la sociedad o en dejar una idea, un concepto un proyecto. Solo en “mi proyecto”, que después será abandonado por falta de globalidad intelectual, desconfianza personal o nulidad. Ya se sabe, los cargos públicos responden a decisiones políticas, pero nunca de criterio y uniformidad.

Digamos, por ejemplo, que ahora nos movemos en los albores de la década de los ochenta del siglo XX. Veníamos de un tiempo gris, pero se afrontaba un camino de recuperación de libertades y, sobre todo, perspectivas diluidas aún en el horizonte, pero un proceso ilusionante en todos los niveles y generacional. Éramos muy jóvenes. Estábamos de cambio aunque no sabíamos aún dónde íbamos. Todo estaba por rehacer y hasta permitido. Fue el secreto de una acción social que campó libremente en todos los sentidos pero sin excesiva intromisión política definida o injerencia, salvo en aspectos relacionados con las infraestructuras o su puesta en marcha. Mandaba la calle y los movimientos alternativos, aunque no tanto porque la definición era una incógnita. Ansía de cambio, libertad y conocimiento eran las consignas. Hacer y crecer como nueva sociedad. En ella mucho estaba por hacer, desde recuperar la modernidad o entenderla, hasta adaptarse a una realidad occidental, que nos había ganado y llevaba mucha ventaja.

Hablo, siempre, desde la perspectiva del plano cultural, aquel en el que ya existían ejemplos o instituciones pero con un sesgo ideoló-

Museo de Bellas Artes de Valencia San Pio V 1997 - Francisco Camps, Eduardo Zaplana y Consuelo Ciscar. Foto: García Poveda.

gico poco dado a la era en la que nos adentrábamos. Así, frente a un nuevo tiempo, porque casi todo estaba por hacer o consolidar.

Fue entonces momento, desde el plano autonómico, de los primeros gobiernos socialistas de Joan Lerma, primer presidente electo por las urnas. Los del cambio, moderación y mucha austeridad, aunque por miedo político lógico e influencia europea y sus inequívocas turbulencias. Por aquí lo fue de forma ordenada porque tuvieron su tiempo. Así que, ese proceso de cambio en las políticas culturales pasó desde el primer momento por creer en una idea y saber lo que queríamos o esperábamos creer. Al menos, entre un grupo de elegidos. Se trataba de crear, de aspirar a formar parte de una normalidad cultural, aunque lo fuera ante todo de mirada interior, que era de lo que se trataba. De regeneración interna. Además, se producía un relevo generacional muy importante que pasaba por la creación de un nuevo tejido asociativo y participativo. Más bien una gran lavada de cara. Nuevos tiempos, nuevas ideas y atrevimiento comedido.

La llegada de los socialistas al poder tuvo esa fortuna de viento de popa benevolente. También, desde una cierta normalidad y unos objetivos, que hoy muchos no creerían. Así que se diseñaron o copiaron líneas de actuación de otras autonomías mayores, e incluso modelos culturales externos, sobre todo franceses.

Se sabía que la matriz no era impresionante, desde el punto de vista intelectual, creativo o económico, pero había que establecer una nueva normalidad, o sea, un nuevo modelo diferente y abierto. Así o desde ese punto de vista, por ejemplo, nació el IVAM, un acierto a seguir posteriormente, desde otras autonomías, pero que nació de forma ordenada, sobre un concepto, potente en planteamientos y ambicioso en origen, forma y resolución. Nació también un organismo que se denominó Instituto Valenciano de las Artes Escénicas, Cinematográficas y Musicales (IVAECM) que, modestamente, o no, apuntaba a recuperar o generar movimientos en torno al teatro hasta entonces clandestino, universitario o independiente, como centro de producción, el cine –la recuperación de una memoria en la que esta región había contado con un peso sólido en forma de productoras– con la creación de la Filmoteca, o la música, por ejemplo, con la regulación de ciclos o a la creación del Grup Instrumental como generador de modernidad o el germen del Cor de la Generalitat, no sin sus dudas iniciales.

Todo andaba en una misma dirección. Un salto atrevido hacia la supuesta o nueva modernidad. Al menos, un intento de modernidad entendido desde estas latitudes con sus circunstancias añadidas, pero también acechado por un provincianismo recurrente y un cainismo fa-

miliar interno del que jamás se ha podido desprender esta sociedad y que truncó un mayor dinamismo y peso estatal. Además, esas iniciativas suponían la puesta en marcha de nuevas infraestructuras o la reordenación de espacios. Pocos todavía.

Eso fue desde la perspectiva autonómica, porque desde la Diputación de Valencia, por ejemplo, se apostó por una recuperación de los museos provinciales, como Prehistoria o Etnología, con grandes colecciones, reubicados más tarde en el magnífico complejo cultural de la Beneficencia. La sala Parpalló ya había actuado como preámbulo del IVAM y la sala de exposiciones municipal recuperaba nombres, creaba sistema. Todo era más o menos modesto y dentro de la lógica para poner en valor unas colecciones consideradas por algunos como entelequia, pero reflejo de nuestra idiosincrasia. La idea nacía. Existía comprensión. No había que correr.

La cultura es un añadido. Partíamos hacia la exterioridad, desde un propio interior, marchitado pero ilusionado y sin ambiciones desmedidas, cuya imagen de modernidad quedaba reflejado diez años después, por ejemplo, en nuestro Pabellón de la Expo de Sevilla de 1992, en el que se demostró que la autonomía valenciana, desde el silencio laborioso e interno, había alcanzado y ofrecía un verdadero sentido de modernidad y creatividad, que nos catapultaba como ejemplo a continuar en campos como el diseño, el arte, el cine, la cocina, la arquitectura…

Desde la perspectiva municipal, la mirada se situó en el ámbito del Mediterráneo, referencia cultural de una ciudad que en el siglo XV ya era puerto básico del Mediterráneo y *golferío*, pero que marcó nuestro Siglo de Oro. Así, desde la mirada del entonces alcalde Pérez Casado y su concejal, Vicent Garcés, se ideó, desde la política municipal, un proyecto global en torno a él, con la puesta en marcha de la Mostra de Cine del Mediterrani, la Trobada de Música del Mediterrani y un Encontre d'Escriptors, que más tarde y tras su defenestración municipal por el cambio político, serían recuperados en la primera década del 2000, a través de la entidad civil Mostra Viva del Mediterrani, que plantaba cara al desastre municipal y cultural, al que se había conducido a esta sociedad, donde el poder limitaba libertades de creación y utilizaba la prepotencia y la cultura a su antojo. Es triste decirlo, pero volvió también hasta la censura cultural e ideológica.

Llegaban las primeras grandes exposiciones, que saldaban deudas internas o se ponían en valor nuevas generaciones. Por el camino quedó la Universidad del Mediterráneo. La idea era situar a Valencia como referencia global de un espacio, que el tiempo demostró ser im-

prescindible y hoy indiscutible, con sus dudas y también estancos ideológicos. Con el paso de los años se convirtió en epicentro de una realidad bélica y migratoria, lo que impregnó de esa propia cultura al mismo centro / norte de Europa y es aún un asunto a resolver de integración y comprensión global y hasta diferencia social, cultural y política.

Pero había más. Valencia contaba con una Orquesta y una Banda Municipal, sin sede fija, pero de cierto nivel. Actuaban en el Teatro Principal.

Fue entonces cuando Valencia se unió al plan de Auditorios estatales, impulsados por el Ministerio de Cultura en época de Javier Solana. Nos permitió optar a poder contar con lo que hoy es el Palau de la Música de Valencia, un espacio de primer nivel acústico y de re-

Palau de les Arts - obras de reparación, 2014. Foto: García Poveda.

ferencia, que todavía alberga a la Orquesta de Valencia y a la Banda Municipal y por el que ha pasado lo más glorioso del panorama, pero sin dejar escuela. Sin mirar al interior. También, como siempre, despertó recelos desde ciertos sectores conservadores, hoy por suerte superados.

Su construcción significó el primer gran ensanche contemporáneo arquitectónico de la ciudad y la recuperación de un cauce del Turia, hasta entonces olvidado, con la participación de arquitectos como Ricardo Bofill. Valencia recuperaba un espacio denostado, que alguien hasta propuso convertir en autopista, para ser un escenario urbano al servicio de la ciudad y sus ciudadanos, lo que hoy agradecemos, pese

a las dudas iniciales y los aspectos criticables. Un espacio de esparcimiento y disfrute colectivo.

Libre y al servicio de la ciudad. Seguramente, uno de los recorridos urbanos de mayor valor de nuestra ciudad junto a El Saler. Diez kilómetros de jardín y escenarios como el Parque Gulliver o sus complejos deportivos.

Parecíamos comenzar a estar en un mapa inesperado y hasta atractivo. En un espacio amable. Amante de lo cercano. Era lo importante. Aunque fuera modesto en cuanto a principios y economía. Muy nuestro. Al menos para esta sociedad que no pisaba el exterior en exceso y nacía hacia él.

También existió una apuesta por la recuperación patrimonial, como fue el caso de la recuperación de edificios en ruinas o en malas condiciones, pero muy valiosos, tanto arquitectónicamente como patrimonial e históricamente, para ser puestos al servicio de la cultura, como fueron las Atarazanas o el Palacio de Berbedel, que pasó a convertirse en Museo de la Ciudad, junto a la cárcel de Sant Vicent, los baños del Almirante ubicados en el Palacio del Almirante, un impresionante espacio de nuestra memoria musulmana, el Palacio de Batlia, sede actual de la Diputación, el dels Borja, sede de Les Corts o más tarde, ya con el cambio de signo político l´Almodí, nuestro antiguo almacén de grano, hechizo de juventud con los animales prehistóricos de Botet, entre otros muchos, aunque la sensibilidad sobre el patrimonio aún fuera un asunto pendiente, sobre el que actuar de forma contundente y que seguía arruinando social y patrimonialmente barrios enteros, de carácter histórico, recuperados gracias la presión social o ciudadana, como fue el propio cauce e incluso El Saler, nuestro pulmón ecológico, que podría haber terminado convertido en aeropuerto o un segundo Benidorm, e incluso un erial consumado por el fuego ante la insensibilidad de parte de nuestra sociedad. O el barrio del Carmen y hasta el de Ruzafa, centros históricos de nuestra memoria especulativa, como siempre hemos sido ante la desidia municipal, antes y ahora.

Por suerte, todos ellos, hoy continúan siendo referentes de nuestra realidad pasada y presente. Sobrevivieron a la condena de la piqueta, algo a lo que no pudieron hacer frente grandes elementos arquitectónicos de nuestra ciudad y autonomía. Por ansia, ignorancia o ambición política. O falsa modernidad y hasta tolerancia. Porque, siendo Valencia en su día ciudad del teatro, las varietés y la exhibición cinematográfica, acabamos también con grandes espacios teatrales y cinematográficos, hoy convertidos en espacios de consumo y olvido

generacional. Los echamos en falta. Nos quejamos de no tener un centro histórico arquitectónico real. Somos culpables. De todo.

Cualquier proyecto político y cultural en su arranque tiene sus grandes defectos y dudas. Estos también los tuvieron, y muy preocupantes. Las tensiones entre el sector teatral, por ejemplo, siempre ávido de subvenciones y ansia de control, acabó con el Centro Dramático, como pequeño y emergente centro de producción y referencia para el sector; en el IVAM, impulsado por Tomás Llorens y gestionado por Carmen Alborch, la disputa estaba, una vez puesto en marcha, si debía de ser de arte moderno valenciano o valenciano de arte moderno, si debía invertir en arte *per se* o ser foco de control de ciertos sectores. El tiempo ha dado la razón a los segundos. Con sus declives y crisis. Y por supuesto disputas, interferencias e injerencias. Pero dio sus frutos por su impulso y ejemplo de gestión e interpretación de la contemporaneidad. Ayudó a descubrir y aprender, guardar historia e iniciar una nueva etapa de aperturismo artístico.

Esta ciudad o esta autonomía, como antes indicábamos, siempre ha sido cainita. Y, más allá de encontrar o buscar puntos de unión, los ha encontrado de confrontación. En la destrucción está nuestro ADN. Tenemos como gran ejemplo en las fallas. Ahí está la propia "batalla de la lengua" que, pese a los parches, sale de la tumba, de vez en cuando, por manipulación e interés ideológico, pasa a convertirse

IVAM, 1991 - Manuel Hernández Mompó, Joan Lerma y Carmen Alborch.
Foto: García Poveda.

en motivo de confrontación. O la de símbolos, siempre inacabada y recurso fácil para los sectores más intransigentes y manejables internamente e incluso de absurdo intento de ley. Pero sin muchas ganas de mirar al pasado en toda su extensión y a la recuperación de la memoria. Como si no hubiera existido.

Pero, en el fondo, no dejaban de ser conflictos pasajeros y hasta divertidos para los *mass media* y recurrentes, de los que sacar cierto rédito electoralista o propagandístico. Pero estaba bien comprobar cómo hasta las mismas familias, dentro de los sectores socialistas, llegaban a ponerse de acuerdo en aspectos de colaboración y, lo mejor, se creó una especie de *star system* artístico, aunque localista, que quizás no fuera el mejor, pero dio o ha dado su juego y hasta evitó que muchos artistas y creadores no tuvieran que adoptar la norma recurrente de antaño de salir de su territorio, para poder crear o desarrollar un trabajo creativo, en una sociedad hasta entonces agraria y que pocas alternativas ofrecía, desde el plano intelectual, salvo excepciones, reductos y colectivos organizados muy internamente.

Las universidades jugaban, como siempre, en su terreno endogámico, como sucedió con el centro de investigación y publicaciones Institución Valenciana de Estudios e Investigación (IVEI), dependiente de la Diputación, pero manejada intelectualmente por sectores de izquierdas, bien formados, pero al mismo tiempo, círculos cerrados.

Sin embargo, se vivía una etapa de transformación. Así que cualquier cambio siempre resultaba positivo, dentro de las diferencias evidentes. En eso, los medios de comunicación jugaron un papel determinante, acertado o equivocado, pero positivo, aunque fuera también crítico, ya que obligaba a pensar y discutir cuando se criticaba desde la razón y hasta posicionarse de un lado u otro. Pero eran otros tiempos, donde el debate comenzaba a ser realidad y motivo de interés, entre los sectores realmente preocupados por una evolución y progresión social y cultural.

Además, la denominada *cultureta* no dejaba de ser un aspecto menor. Tampoco interesaba en exceso, aunque existieran buenas intenciones y grandes errores, como mantener al Museo San Pío V en un segundo plano, como hasta hoy continúa, al considerarlo espacio museístico alejado de la supuesta modernidad, o del interés político, ya que no aportaba brillo y con demasiados intereses cruzados, al ser titularidad de un Estado, que había transferido su gestión, pero no su titularidad, algo que tampoco se permitió, ni como gestión ni titularidad, con el Museo de Cerámica González Martí, que aún continúa siendo estatal y costó ayuda hacer entender la necesidad de su puesta

en valor, ya que se encontraba en la periferia, fuera del centralismo recurrente. Una trampa para no hacer y menos dejar hacer. Mío, pero de los dos. Atados y vencidos.

Durante el reparto de grandes proyectos nacionales, esto es, Olimpiadas o Exposiciones Universales, nuestra autonomía, como aún suele suceder, quedó al margen de cualquier proyecto, en el que poder participar con ayuda estatal. Siempre nos han tenido al margen. Nunca hemos pintado demasiado. Ni lo hemos reclamado. Siempre hemos sido jacobinos.

Estuvo bien que se creara el proyecto denominado Música 92 que, aunque también con una visión política de interés partidista e inspirado en el plan que el Ministerio de Cultura había instaurado con anterioridad –la CV es tierra de músicos y posee más de 400 sociedades musicales– permitió que muchas poblaciones pudieran ser motor de transformación, gracias a la creación de auditorios o casas de cultura y a un plan e inversiones que no estuvo equivocado, aunque después quedó al albur de cada municipio y sin una cohesión interna, que hubiera generado quizás muchas sinergias interesantes y todavía necesarias. Esto es, una red de redes de espacios culturales conectados. Pero cada pequeño municipio quería su parcela de poder. No existió nunca una idea unitaria, como país, ni de cohesión territorial.

Incluso fue visible un plan de recuperación de teatros privados, con participación pública, pero desconectados del propio sistema. Ya lo decíamos. Se trataba de normalizar, pero sin trasfondo o inexistente cohesión política y social. Porque existía un plan, que al resto de partidos políticos del arco parlamentario o local le daba igual, salvo la intromisión y direccionismo periodístico del día a día.

Si hoy muchos de los que establecieron batallas sobre menores o grandes proyectos, como auditorios, planes urbanísticos, museos, normalización cultural, etc, se releyeran sentirían cierto bochorno. Porque tampoco era para tanto. Y su influencia, modesta. Pero al mismo tempo evitaban crecer como sociedad.

Pero hubo un antes y un después. Estaba el patrimonio. Como siempre desasistido. Para mí ese fue el punto de inflexión del modelo de política cultural. Demasiado caras las inversiones para satisfacer todas las necesidades. Se optó por proyectos singulares de recuperación.

El punto de inflexión del cambio de modelo o del bloqueo de modelo, o incluso de la injerencia salvaje de la política en la cultura, estuvo en el denominado caso del teatro romano de Sagunto. Fue el que cambió radicalmente una idea de hacer política y gestionarla. La paralizó. Situó la gestión político cultural en el foco judicial, algo que se

escapaba de la imaginación y la mera gestión y nos situaba también más allá de la cultura y el patrimonio.

La denuncia política ante los tribunales de su intento de recuperación física trajo el miedo y arruinó una realidad. Acertada o no, que es otro debate. Pero hasta hizo morir el intento de situar la Biblioteca Valenciana en el Asilo de San Juan Bautista o en el Centre del Carme. El gobierno socialista consideró excesivamente caro recuperar ese magnífico edificio, en el centro de Valencia, para crear un eje cultural que simplemente costarían más tarde los fastos de la inauguración del Palau de les Arts, por ser benévolo. Apenas tres millones de euros arriba, abajo. Mucho miedo y desconfianza. Falta de ambición interna. La denuncia o el Contencioso Administrativo interpuesto por un diputado cercano al PP, a título personal pero con el respaldo del partido, en contra del proyecto socialista de rehabilitar/reconstruir el teatro romano de Sagunto cuya vida teatral se había recuperado y podía funcionar como reclamo turístico, supuso paralizar un mayor y ambicioso proyecto global, en la comarca que incluía también la construcción de un Parador Nacional, con el que lavar o salvar políticamente la imagen de la destrucción / reconversión de Sagunt, como ciudad industrial, y de sus Altos Hornos como motor económico de la siderurgia, así como también salvaguardar y poner en valor su castillo histórico y complejo arqueológico.

Este hecho, que entró de lleno en los tribunales de justicia y como asunto único y singular en la Historia de la Arquitectura y la política cultural, fue determinante para que todo comenzara a cambiar: el inicio de la decadencia socialista en el poder cultural, también vinculado a un propio desgaste lógico del momento y el tiempo. Pero fue peor porque provocó la directa disputa política, por una parcela que comenzaba a generar también voluntades y votos.

El monstruo había despertado inquietudes. Hasta ese momento solo en boca de los medios de comunicación, reducidos pero ya interesados. Ese suceso también supuso un freno a nuestra supuesta modernización. Nuestra y de todas las demás autonomías, a la hora de intentar avanzar en proyectos de rehabilitación o reconstrucción, que igual podían acabar terminando en manos de una interpretación de normas y fría justicia de raíles y leyes ancladas en el pasado y sin nueva revisión o actualización. No había marcha atrás. Era demasiado tarde

Ahí comenzó una decadencia. Por arrogancia. Por política. Pero fue el comienzo de un declive y una lucha interna que llevó a un nuevo paradigma y frenó cualquier tipo de inversión de altura en aspectos de Patrimonio Histórico Artístico. Hasta que llegó el comienzo de la

borrachera general y el despilfarro, que nos condujo décadas después al inicio de nuestro triste final.

La misma decadencia que acompañaba al declive cultural del hasta entonces partido en el poder o a su parálisis estructural, o al adormecimiento social. Llevó consigo un cambio en el rumbo político, una modificación de siglas al frente del poder. Los gobiernos socialistas, en las principales instituciones autonómicas o locales, dejaban paso, bien por pactos o por mayorías, a la entrada del PP y sus aliados regionalistas en las principales instituciones valencianas, o al mero reparto de poder. Sin sensibilidad. Solo por interés económico o político. De "colaboración" muy bien entendida. Más bien meramente, de reparto.

Neoliberales al poder

En un principio, no existía miedo, no tenía por qué existir si en realidad actuábamos como una sociedad madura o algo europea, aunque muchos sabían y saben que los discursos eran y son ocurrentes, serían opuesto y por tanto las singularidades divergentes. Pero nadie se temía un cambio tan radical y hasta estructural. Al menos, al principio. Éramos muy nuevos aún para un atrevimiento y un cambio violento.

De hecho, los programas políticos no auguraban extremadas radicalidades y los que eran se controlaban mediáticamente y se combatían. Hasta ahí, todo podía ser correcto. Pero había algo más. Era ese neoliberalismo que comenzaba a surgir y que, más bien por sus acciones, daba a entender una nueva utilización de las instituciones, un nuevo concepto político en el que lo público y lo privado encontraban un punto de conexión unidos por otro tipo de intereses netamente políticos, económicos y/o personales. Una eclosión de sinergias paralelas donde lo público ejercía, aunque lo privado comenzaba a actuar y manejar. Hay decenas de ejemplos.

Sin embargo, desde que la política o la acción política, en un terreno tan blanco como la cultura, había sido judicializada con el tema del teatro romano, que nos persiguió durante veinte años para dejar las cosas como estaban, eclipsaba un paisaje de tolerancia.

Un Contencioso Administrativo es un instrumento que actúa y lo hace sobre decisiones administrativas que igual no entran de lleno en una destrucción pero si limitan capacidad de acción política y, por consiguiente, parálisis formal y colateral. Es un instrumento que paraliza cualquier acción futura y pasada.

La llegada al poder de los populares de Eduardo Zaplana, un cartagenero que había sido alcalde de Benidorm y con una ambición

desmesurada, se esperaba tibia porque era inesperada y desconocida. Así fueron sus inicios.

Sin embargo, a sus espaldas existían otros intereses mediáticos y económicos, de reparto generalizado, entre quienes funcionaban como huestes desde el más absoluto desconocimiento de la gestión. A él no le importaba parecer ser "marioneta" fugaz y feliz siempre que tuviera garantizada vanidad, y algo más. Le gustaba mandar. Y que lo adularan, entre otras cosas. Y maniobrar desde el silencio o la oscuridad. La fachada era otra. Pero no tenía proyecto. Ni se le esperaba. Era un "comercial" cuyo negocio estaba en el mismo poder. Los demás ya actuarían como alimañas. Aprenderían la lección depredadora por sí mismos cuando le vieran actuar.

La democracia es alternancia, aunque ideológicamente pese. Siempre que se efectúe desde la racionalidad de acción es respetable, hasta que los términos se confundan. Pero había muchos más intereses ocultos, demasiada ansia de poder, demasiados intereses personales y particulares, ya no de introducir cambios o personas afines, sino de acceder al poder para beneficiarse de él. Ya se sabe, cualquier colaboración no es desinteresada, por lo general. Y aquí existía guerra de cuchillos, en medio, además. de crisis políticas en aquellos partidos alejados del mando e incapaces de afrontar un proceso propio de reversión desde una oposición jamás realizada hasta ese momento. Así que, el caldo de cultivo era el perfecto para entrar en acción. Sin prisas, sí, pero también sin pausas. Además, ya se sabe que en cualquier democracia abyecta o interesada lo primero que hay que hacer es borrar el pasado para crear un nuevo presente. Lo pasado nunca sirve.

Los comienzos fueron sibilinos, salvo el cambio de objetivos de la segunda sede del IVAM –Centre del Carme– como espacio alternativo de nuevos lenguajes, cerrada para otros menesteres obtusos y nada claros, o los intentos dentro de la propia matriz repudiados por el propio mundo del arte. Asimismo, con la recuperación definitiva de San Miguel de los Reyes como sede de esa Biblioteca Valenciana esperada y a la que los gobiernos socialistas tuvieron miedo de afrontar en su momento. Una buena y acertada idea para ganar imagen. Pero, todo cambio también trae sus traumas.

Es más, los primeros consellers y conselleres que accedieron al cargo durante los primeros años del gobierno de los populares, apenas cada uno de ellos duró nueves meses en el puesto. No les daba tiempo a nada. Era un tránsito de cambios. Además, eran nuevos y bisoños sus responsables y muchos estaban faltos de experiencia en la gestión. Se presentaron con discreción en formas y miras. El poder,

en realidad no estaba en ellos. Simplemente eran instrumentos al servicio del mismo, peones. De hecho, la primera Conselleria de Cultura creada por los socialistas fue de nuevo fusionada con el área de Educación, lo que significaba un aviso de que la cultura se mantendría en un segundo plano y, por tanto, sería algo discreto o más bien rentable desde la perspectiva promocional.

Lo fue hasta que el Gobierno de Zaplana descubrió que la Cultura no ofrecería peso político, pero sí brillo social y mucha rentabilidad mediática y económica. Pero sobre todo promocional. Ese era el objetivo, entre otros de mayor calado y recorrido. Y de un zarpazo se pasó de los contenidos llevaderos a una inesperada "internacionalización" de la cultura, con proyectos de relumbrón y un gasto presupuestario inesperado y sin freno. Y es que, alguien descubrió que la cultura no debía estar al servicio de la sociedad ni en pro de su formación, sino que daba fotos, titulares, reportajes periodísticos. Incluso existe la anécdota de imágenes trucadas para hacer figurar a su líder en eventos a los que nunca había asistido.

Ese modelo, sin embargo, permitía viajar por todo el mundo, figurar y abrir puertas, como así hizo el denominado y recién creado Consorcio de Museos, un organismo que aspiraba a centralizar la gestión museística o expositiva autonómica bajo el control político de la Generalitat. Todas las instituciones públicas posibles aportaban el fondo económico para el lucimiento de su Presidente y sus "presidentes" menores, desde provinciales hasta municipales.

Fue el primer paso, o el primer asalto, para también comenzar a comprar voluntades gracias a una política de edición de catálogos lujosos con los que contentar a los creadores más dóciles o convencer a los más incómodos junto a exposiciones por todo el mundo: un pasillo de una institución amiga era suficiente y Latinoamérica el paraíso perfecto. Luego se descubriría el porqué. O hacía dónde iba el gasto.

Eso permitía a nuestros gobernantes mantener un contacto de brillo y, al mismo tiempo, generar un servilismo: o conmigo o no estás. Solo se pensaba en el esplendor con vistas a un mayor salto personal, en el caso concreto de su presidente autonómico, a la política nacional, como así se demostró. "El pueblo puede que no esté con nosotros", comentaban, "pero controlamos las instituciones". Ese era el lema. Y con una barra libre general que fue creciendo en todas las áreas de la gestión entre una clase política que comenzaba a disfrutar del poder y gestionaba los presupuestos autonómicos como si el dinero fuera suyo y jamás fuera a terminarse. Pero lo peor, generó una constelación de creadores de todo tipo en torno a él ávidos de poder

IVAM, 1988 - obras de construcción. Foto: García Poveda.

económico que hoy, curiosamente, están fuera del sistema. Era una corte *ad hoc* muy bien pagada, lo que en teatro se llama la clac. Hoy no existe, ni tiene mayor peso, reflejo de su verdadera capacidad de influencia artística e intelectual a través de su propio trabajo, pero entonces muy bien remunerada. Los primeros años de gobierno popular fueron los del yo como emblema.

Antes de iniciarse la segunda legislatura popular al frente de la Generalitat comenzaron a aparecer otras iniciativas de mayor calado, donde la obra pública pura y dura, junto a otros intereses más sorprendentes, tomaban cuerpo. Llegaban los primeros tiempos de los grandes proyectos, como la denominada Ciudad de la Luz, esto es, la construcción de un mayúsculo complejo de cine en Alicante, hoy en desuso después de un gasto de casi 400 millones de euros y apenas 60 rodajes; la denominada Ciudad del Teatro en Sagunt; Castelló Cultural rodeado de su Espai d'Art Contemporani y su magnífico auditorio o el nuevo Museo de BB.AA de Castelló, actualmente gran parte de ellos en decadencia, o el Palau de les Arts en el complejo de la Ciudad de las Artes y las Ciencias que debía sustituir al proyecto socialista de dos torres/rascacielos imposibles, inexplicables e inútiles y destinadas a complejo de oficinas pero icono urbanístico en un momento en el que los iconos arquitectónicos y sobre todo los megaproyectos urbanísticos debían abrir nuevas áreas de ciudad al coste que fuera y funcionar principalmente como reclamo turístico.

El interés estaba claro. Detrás había mucho más. Mucho. Porque había negocio y otras presuntas corruptelas o grandes escándalos que al final algunas salieron a la luz, incluso con la tolerancia de

una oposición que más bien continuaba narcotizada y hasta recibía equivocadas consignas internas de tolerancia por miedo electoral y hoy diría que hasta favores.

Todo ello, sin embargo, mientras los instrumentos de control económico internos ya alertaban de que existían muchos aspectos que comenzaban a no estar claros. Pero sin mucho ruido. Se tapaban los escándalos, denunciados desde algunos medios de comunicación y puestos sobre blanco por los propios instrumentos de control político, supuestamente independientes, a los que se obviaba.

Fue una época ejemplar para comprender el inicio de la corrupción sistémica, como así lo demostrarían después detenciones, juzgados y sentencias. El todo vale. Sin escrúpulos.

Del primer proyecto al que me refería, ya se sabe, Ciudad de la Luz, era una excusa para quedar políticamente bien con Alicante, poco atendida, y, de paso, continuar sacando réditos en todos los sentidos. Fue un regalo del *zaplanismo*.

En un principio, debía de haber sido instalada en Sagunt y con una concepción más modesta. Cerrada a estas fechas y sin uso cinematográfico, la operación era de mayor calado. Pasaba por la urbanización de su entorno y la construcción y reconversión de un espacio rústico en urbanizaciones de lujo y complejos hoteleros. Por otro lado, servía para el pago de favores políticos en su interior con la colocación de afines, buenas nóminas y reparto de poder territorial.

Del segundo, ya se sabe, cerrado y muerto, pese a que en solo la recuperación de la Nave de Altos Hornos como epicentro de la Ciudad del Teatro, no siendo el propio espacio de la administración valenciana, costó su rehabilitación 30 millones de euros de los cuales aún existe una deuda pendiente importante. Junto a él se enmarcaba otro proyecto sobre el papel que consistía en recuperar toda la zona industrial de los abandonados Altos Hornos por la crisis de la metalurgia para más urbanizaciones y complejos, y una recuperación social de la comarca, aunque enmascarado en torno a un proyecto sociocultural que escondía también el especulativo. Es más, la escenografía del primer espectáculo teatral de Ciudad del Teatro, *Las Troyanas*, diseñado por Calatrava e hidráulico, ha estado, años abandonado a las puertas de la infraestructura saguntina. Por él casi nadie se ha interesado ni preguntado después nada. Ni lo que costó. Un regalo que prometieron formaría parte de la identidad local ya que sería reubicada en algún espacio urbano. Jamás se hizo.

En el fondo, era la misma maniobra de Ciudad de la Luz de Alicante. Un suicidio que a fecha de hoy aún se mantiene en los tribuna-

les. Recordaré una observación de un alto cargo entonces que luego fue breve President –José Luis Olivas– tras uno de esos consejos de administración institucionales y opacos que cubrí: "Lo importante no está en el fondo sino en el entorno", soltó con ese atrevimiento que sólo el poder asumido hasta las vísceras permite a un cargo público confesar con naturalidad.

Sólo algunos medios y periodistas más críticos con el poder, muy pocos por cierto, asumieron su responsabilidad. Pero estaba todo en los documentos oficiales, aquellos que nadie miraba ni interesaba mirar. Parecía continuar o perpetuarse un acuerdo tácito de no agresión por miedo electoral ante la denominada comarca roja. Éramos de cara al exterior autonómico un ficticio ejemplo de progreso. Normal. Vaciar Cajas de Ahorro era sencillo siempre que sindicatos, prohombres y políticos las controlaran gracias a prebendas, como se demostró, y las deudas crecieran y formalizaran grandes agujeros económicos, sobrecostes y seguro que múltiples comisiones. El poder daba la orden y controlaba y el resto se beneficiaba mirando hacia otro lado.

Pero, en el fondo, los patrones de funcionamiento e inversión eran los mismos: una estrella junto a la Presidencia de la Generalitat –Irene Papas y García Berlanga en esos dos casos concretos– y megaproyectos millonarios que siempre ofrecían sobrecostes y nunca se terminaban de pagar. Por suerte, en el caso de Sagunt jamás se concluyó, pero allí había hasta diseñado un teatro al aire libre para 15.000 personas llamado Helix y encargado, como en Alicante, a un arquitecto foráneo, griego en este caso, amigo de Papas y Vangelis, como fue americano y especialista en complejos de cine de Hollywood el elegido para Ciudad de la Luz y que en un principio presupuestó en un tercio del final su coste de construcción. Total para nada. Salvo para programar espectáculos capaces de sufragar toda una temporada teatral en cualquier espacio público. Pero daba igual. Es más, nadie estimó en ningún momento el coste global, aspecto que refleja que nunca se efectuó una valoración.

Ya habíamos regalado un parque de atracciones público que acabó en manos privadas en Benidorm y un complejo cinematográfico que la UE tumbó y mandó al desguace por la intromisión de la Administración valenciana en un territorio privado por competencia desleal que no le correspondía, como era el cine.

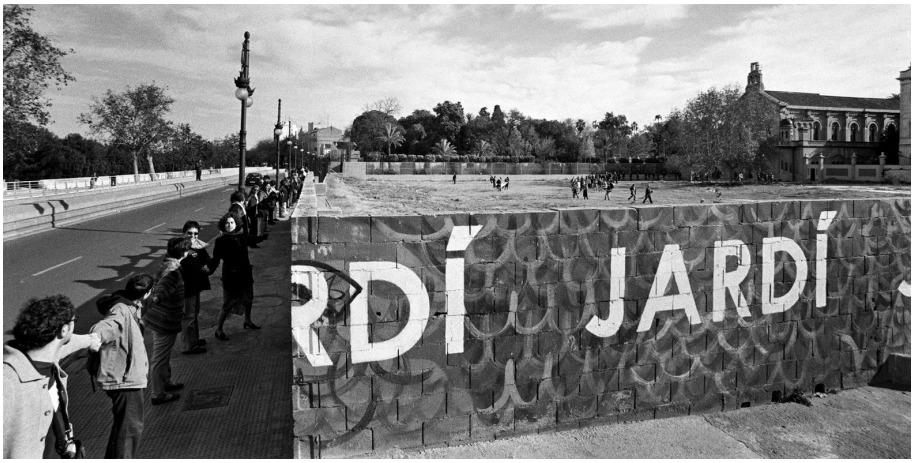
La denomina cultura de altos brillos, sin embargo, continuaba por tanto a elevar el esplendor y lograba arrimar a muchas personas interesadas en lo "mío". Y así continuó la auténtica locura en la Ciudad el Teatro donde se financiaron espectáculos con presupuestos supe-

riores a los tres millones de euros, aunque sin recorrido ni exhibición externa, o la Ciudad de la Luz, cuya única fórmula era contratar empresas externas para su gestión y atraer rodajes en sus megainstalaciones a base de subvenciones públicas a las que se sumaban como moscas grandes productoras y empresas del sector. Había negocio y reparto. El contenido era lo de menos. Un despilfarro en toda regla que varias generaciones tardarán en pagar y abrieron un agujero del que ahora sufrimos las consecuencias.

El lujo era producto de una gestión política indocumentada pero vanidosa y puesta al servicio del poder y otros intereses espurios como la Justicia demostró después, casos algunos aún sin resolver. No importaba el patrimonio, ni el tejido cultural o industrial, lo importante era tener una presencia mediática por intereses de partido y personales de sus propios líderes con otras ambiciones personales, o la presencia de comisionistas y su reparto.

En ese momento de locura colectiva, todos vieron su oportunidad. Querían dejar huella. La Diputación se inventó un Museo de la Ilustración virtual, una especie de parque de atracciones que acabó siendo también de la modernidad porque no daba alcance lo primero ante la inexistencia de colecciones muebles. El Palau de les Arts pasó de ser unos cimientos de una torre de comunicaciones a un megaproyecto de otros 400 millones de euros y todos los despropósitos y problemas que se puedan imaginar. Sólo en su inauguración se gastaron tres millones de euros. No existían cabezas pensantes, lo importante estaba en gastar. Como en esa Bienal de las Artes que iba a competir con Venecia y para las que se contrató a una especie de “legión” italiana que dejó, con el beneplácito de la Administración, un agujero de 12 millones de euros. No sirvió de nada, pero enriqueció a muchos. Como si nuestra propia sociedad no fuera capaz de generar ideas y levantar proyectos. Había que traer gente de fuera. Hasta traíamos a estrellas foráneas a las que garantizábamos premios millonarios sin sentido para que participaran en eventos, pero sin mayor compromiso formal o profesional. Y hasta organizábamos encuentros culturales mundiales de todo tipo con los que justificar la presencia de invitados de supuestos relumbrón que iban de fiesta en fiesta, sin que el tiempo nos haya dejado nada apreciable de su participación salvo grandes colecciones de fotografías promocionales y atónitas reacciones de los propios/as invitados. Nos salíamos del mundo, decían.

Eso y los miles y miles de libros de lujo editados descontroladamente que aparecieron años después en una nave industrial y hoy se pueden encontrar en librerías de saldo a precios ridículos y cuyo cos-



Salvem el Botànic, 2001 - cadena humana reivindicativa. Foto: García Poveda.

te original habría servido para financiar otras necesidades mayores, como escuelas y hasta hospitales. Por entonces, la moda era ya dar clases en barracones sin condiciones mientras el dinero desaparecía en bolsillos ajenos.

Todo eso sirvió para lo que estaba previsto, para que el mandamás de la pandilla acabara saltando a Madrid como una especie de gran estadista que había dilapidado el patrimonio de nuestra sociedad en beneficio personal. Por suerte se nos quedaron por el camino otros ambiciosos proyectos, como la construcción en el psiquiátrico de Bétera de un parque de las comarcas, una especie de Poble Español a la valenciana, o una Ciudad de la Euforia y la Alegría, un espacio donde relajarse mirando al mar o imaginando Sodoma y Gomorra. Pero también otros de calado, como la ansiada ampliación del IVAM para la que se destinaron cinco millones de euros sólo en su diseño. Hoy duerme en un cajón que nadie quiere abrir. Igual hasta han desaparecido documentos y maquetas, como las de ese nuevo complejo de Castelló también millonario que debía de construir el rey de los sobrecostes y las modificaciones de obras, el arquitecto Santiago Calatrava. Pero eso sí, siempre con el silencio y la complicidad de gran parte de la sociedad civil valenciana. Miraba para otro lado.

Funcionaba a tope la especulación urbanística. Los cargos y puestos se repartían. Era simple cuestión de colocación. Se prometía que un cargo o un puesto de trabajo debía aportar cuarenta votos en las siguientes elecciones. El descontrol era general. Solo había que crear más estructuras para la imposibilidad de su control y dotarlas de fundaciones públicas más opacas en su modelo de gestión y control.

Y en cada una de ellas, alguien más afín, menos profesional, más dispuesto a servir al interés político y a guardar silencio. No existían normas. Se consideraba la Administración como un simple negocio en el que nadie controlaba nada. Cualquier ocurrencia era bienvenida porque el objetivo no era social sino personal, de tránsito, riqueza inmediata, y mucha mediocridad.

Existen decenas de ejemplos de estos casos aún en los tribunales, mal abastecidos para poder limpiar todo este proceso que acabará prescribiendo con el tiempo. Hablamos de temas culturales, supuestos espacios limpios por su bondad, pero imaginemos el resto y la profundidad desconocida. Por suerte, el tiempo está poniendo o ha puesto a algunos/as ya en su sitio. Aún pocos.

Los grandes eventos

Y entonces, llegó la etapa de Francisco Camps al frente de la Presidencia de la Generalitat con Zaplana ya convertido en un hombre de poder en el Gobierno de Aznar y que aspiraba a todo. Por aquí se había perdido el miedo al sistema. Se ganaban elecciones “dopadas”, aunque con el mínimo esfuerzo. Todo estaba permitido. Políticamente era un juego. Y un negocio. El que no estaba de acuerdo era apartado. Creábamos ricos del día a la mañana. El nuevo President era eclipsado por su propia nube personal. Su utilización política era una garantía, tanto interna como externa o nacional. Era una marioneta, como se ha demostrado.

Comenzaron a crecer más fundaciones y de los proyectos pasamos a los eventos: conciertos de rock millonarios financiados con dinero público y puestos en manos privadas, contrataciones de los mejores directores de orquesta del mundo a precios de locura para el Palau de les Arts, visitas papales con un coste impensable hoy y hasta insultante para los propios creyentes, con “reparto” generalizado incluido, exposiciones de lujo, campeonatos mundiales de vela. Al menos la Copa del América, canon incluido, nos dejó un magnífico edificio de Chipperfield y la recuperación de La Marina como espacio social y urbano.

Llegaban eventos y eventos por doquier con los que nos prometían una reversión en forma de inversiones externas y presencia universal, caso de los premios de Fórmula 1 y el circuito urbano y efímero que nos iba a salir gratis, decían, y nos costó algo así como 89 millones de euros.

Mientras tanto, poníamos también la especulación urbanística en manos privadas con proyectos como la ampliación del Cabanyal,

esto es, destripar un barrio histórico como ya se había hecho antes en Velluters, destrozando su trama urbana original, o con el intento de construcción de un hotel en el espacio reservado para la ampliación del Jardín Botànic que grupos sociales y ciudadanos lograron paralizar frente a la ausencia batalladora de la clase dirigente.

El agujero se iba haciendo mayor. Pero para pagar estaban las Cajas de Ahorro, manejadas y controladas abiertamente desde el propio poder político con todos los colores presentes y manejables y dóciles equipos directivos. Hasta que también saltaron por los aires y perdieron su propio patrimonio –el nuestro– sumiendo y arrastrando a la sociedad civil –hasta ese momento muda o ausente– en una gran estafa y generando su consiguiente desaparición. La "lucidez" política hacía que los políticos jugaran a ser banqueros. Permitían hasta la financiación de equipos de fútbol que eran sociedades anónimas y acabaron después en manos extranjeras a causa de su bancarrota y descerebrado control.

La norma parecía tener como discurso: el que venga después ya lo resolverá o el paraíso es nuestro y nos ciega. Hasta que la realidad comenzó a tomar forma definitiva de agonía social, política y económica.

El final del camino

Era a comienzos de 2008 cuando mi entonces director nos reunió una mañana a todos los responsables de área en su despacho para confirmar lo que ya veíamos por el horizonte. Esto se iba definitivamente a pique. Nadie estaba a salvo. Así ocurrió. Era real. Comenzaron los despidos, la productividad era la palabra de moda, los ERE llegaban a las empresas privadas y públicas, los agujeros contables se iban haciendo públicos y reales, los bancos dejaron de refinanciar pólizas de crédito y a reclamar deuda. Las administraciones saltaron por el aire dejando impagos en miles de empresas vinculadas o colaboradoras que se fueron a pique.

Recuerdo por aquellas fechas haber entrevistado a uno de las mayores fortunas de nuestra autonomía y uno de los reyes de la construcción, cuyo imperio había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Ese constructor me escenificó la realidad con una sinceridad y sencillez apabullantes. "Ibas a los bancos y te daban lo que pedías y más, y hasta te ofrecían un poco más. Se veía venir. El problema es que nadie sabía cómo acabaría esto. Si tendría forma de L o de V, esto es, si iba a tocar fondo y seguir en vía muerta o, por el contrario, remontaría. Pero nadie sabía qué hacer ni lo que vendría. Yo con mi imperio fui el primero", confesó.

Cada uno puede dar hoy su respuesta. El tejido industrial, la pequeña empresa quebró. Más aún lo hizo la cultural. Era la más débil. La Administración tuvo que afrontar y asumir su propio proceso de descomposición. Los expedientes de despidos y cierres llegaban hasta las propias empresas públicas. Un desastre que los historiadores del futuro jamás podrán comprender cómo fue posible.

Fueron los tribunales, tras múltiples denuncias internas, los que tuvieron que entrar para comenzar a limpiar un escenario en el que el tufo de la corrupción y las corruptelas en las instituciones ya eran una realidad palpable, y no solo fruto de la imaginación de los periodistas más atrevidos, aquellos, decían, que únicamente queríamos deformar la realidad o estábamos contra el propio sistema. Por eso éramos sus enemigos.

Fue a Alberto Fabra, relevo popular en la Generalitat de un Camps camino del banquillo, al que le tocó lidiar con los últimos latidos de un sistema en descomposición pero quien también tuvo que afrontar uno de los mayores golpes que una democracia puede asumir, el cierre de una televisión pública, eso sí, insostenible económicamente y con una plantilla que triplicaba la necesaria y solo era utilizada en beneficio del propio partido en el poder de forma descarada y sin escrúpulos, pero también con un agujero económico descomunal. La

Mitin PP, 1995 - Rita Barberá, José Mª Aznar y Eduardo Zaplana.
Foto: García Poveda.

televisión autonómica, denominada Canal 9, se había convertido en un cáncer con 1.600 empleados y un pozo de más de 1.200 millones de euros. Algo insostenible e incomprensible. Un mero instrumento mediático desde el que ocultar la verdad o modificar la realidad.

Por su parte, el Ayuntamiento de Valencia apagaba proyectos como la Mostra de Cine que poco interesaba ya, salvo para el maquillaje institucional. Su único interés político estaba en el Palau de la Música, aunque no es su mantenimiento sino en el esplendor del envoltorio o el falso *glamour* de la "alta" cultura provinciana y una alta sociedad culpable y permisiva hasta ese momento. Por lo demás, el resto de instituciones naufragan en proyectos insípidos. Nuestros museos comenzaban a navegar a la deriva. Los presupuestos se iban recortando. Estábamos a un paso o, más bien, al final de una pesadilla. Pero faltaba el gran final, la apoteosis, esa que no nos ha dejado aún del todo.

Crisis sin freno

Atravesamos como podíamos los primeros y ya segundos lustros de una crisis terrible que marcará a varias generaciones y dejó un escenario de paro, miserias y recortes. El absoluto hundimiento del sistema cultural en su conjunto, y el desánimo generalizado.

Pero si como actores u observadores de la realidad, los propios periodistas habíamos visto, advertido y denunciado la liquidación de nuestro sistema, y la ciudadanía era ya consciente de su realidad cuando comprobaba cómo sus nóminas desaparecían o eran reducidas, sus negocios cerrados y hasta sus ahorros saqueados, jamás podíamos imaginar que veríamos hasta detenciones retransmitidas en directo en espacios culturales. Sí. Y que la corrupción se había instalado hasta en nuestros teatros, palacios de ópera, museos o la propia conservación del patrimonio Histórico Artístico.

Habíamos visto caer cajas de ahorro, cierres de espacios, anulación de proyectos, abandono de otros, recortes, detenciones de políticos, acusaciones, imputaciones… pero aún fue a más.

Faltaba el Ágora, el último edificio público construido para la gloria de un gobierno en la Ciutat de les Arts i les Ciències. Otro icono cuya justificación inicial era completar el complejo de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, mero reclamo turístico sin coherencia técnica vinculante o de objetivos cohesionados, que fue encargado supuestamente, para la entrega de la Copa del América. Aún hoy está en obras.

Terminó costando 90 millones de euros cuando inicialmente la cifra estaba casi en un tercio. Se abrió sin terminar y sin licencia de

ocupación, con goteras y como espacio sin apenas uso en sus años de existencia, salvo eventos puntuales para su justificación.

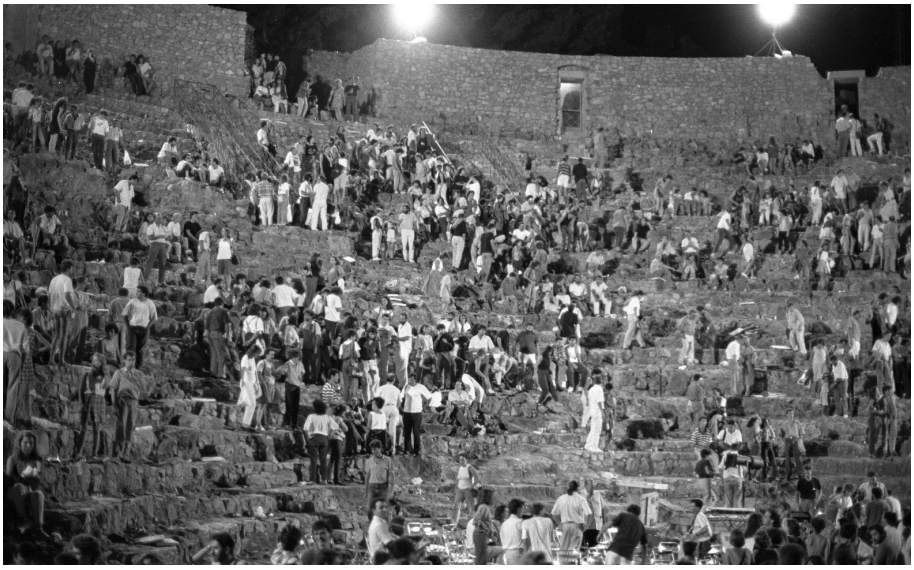
Hoy recibe a los visitantes que vienen del sur tras cruzar nuestro paraíso y ecosistema de El Saler, siempre desatendido en pro de una supuesta modernidad y evolución urbanística. Ya nunca estará terminado. Su cubierta quedó arrinconada. Su uso, cedido por espacio de 50 años a una entidad financiera para espacio cultural. A fecha de hoy, aún queda mucho por hacer. Está siendo terminado. Al fin.

En el terreno de la recuperación patrimonial, o la inversión en patrimonio, fue principalmente para un proyecto global denominado "La Luz de las Imágenes". Acaparó toda intencionalidad. El proyecto, más que velar por una recuperación civil o social de nuestro patrimonio, se centró en la revalorización y recuperación del patrimonio eclesiástico a través de un programa de exposiciones cuya verdadera justificación estaba en la recuperación mueble e inmueble de las diócesis beneficiadas por el proyecto. Esto es, la puesta en valor de iglesias, catedrales y todo aquel patrimonio particular de la misma Iglesia y motivo de su exhibición. Por supuesto, aquel proyecto también acabó sumido en una crisis económica global después de casi una decena de proyectos en torno a las principales diócesis de nuestra autonomía. Una vez cerrado el chiringuito de su Fundación, nadie de los que formaban parte de su consejo o patronato quiso saber nada después de figurar.

Aún así, el final agónico no solo llegaba con las detenciones de tantos exaltos cargos a causa de su beneficio particular y de un partido que entendía que las instituciones eran propias con su propia caja de esos caudales que salían de nuestros impuestos hacia sus cuentas corrientes o paraísos fiscales. En resumen: tres ex presidentes autonómicos, tres ex presidentes provinciales, numerosos ex concelleres, ex concejales, ex diputados, ex alcaldes y ex alcaldesas, ex vicealcaldes, ex directivos de entes públicos... Una retahíla interminable de cargos situados a dedo que saquearon o despilfarraron, según estimaciones benévolas más de 12.500 millones de euros que jamás se recuperarán, por ceñirnos a estimaciones pero seguramente nada reales. Una síntesis del hundimiento de nuestra realidad.

La eclosión

Cuando aquella madrugada recibí una llamada advirtiéndome de que la policía/Guardia Civil iba a entrar en el Palau de les Arts para registrarlo y efectuar detenciones, aquel proyecto de 400 millones, estandarte e icono de la cultura y el glamour, el buque insignia de nuestra



Teatro Romano de Sagunto, 1985 - antes de su rehabilitación. Foto: García Poveda.

actual realidad y el faro de nuestra imagen internacional, no lo creí. Había visto mucho, pero no tanto. No era posible.

Aquel edificio que iba a ser herencia generacional y símbolo de nuestra realidad y presencia internacional pero que a poco de abrir veía como su plataforma escénica se hundía, su coste se había disparado con los alegres sobrecostes, había sufrido una inundación sin precedentes recién inaugurado o su envoltorio estético se desprendía… sí, realmente iba a ser registrado por la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal.

Cuando llegué, estaba acordonado por agentes y furgones. Once conté. Impedían el paso. Le advertí al fotógrafo que su objetivo debía de estar orientado a una ventana. Logró después de horas la imagen definitiva.

La documentación salía en cajas y algunos de sus responsables, entre ellos la propia Intendente, Helga Schmidt, junto a otros directivos, eran detenidos. Significaba el verdadero comienzo de un final agónico que afectaba de lleno al mundo ya no de la cultura sino de la denominada alta cultura y a su propia sociedad, siempre benevolente y nada crítica. Aquel edificio quedaba ya marcado como icono de la época de la corrupción.

En él se repartían presuntas comisiones, se efectuaban encargos *ad hoc* y hasta los patrocinios habían sido puestos en manos de supuestos prohombres de la sociedad valenciana de forma abierta e

interesada. Significaba la deshonra, pero ante los ojos de todo el mundo. Es duro reconocerlo hoy.

Cuando conocí que el IVAM, un modelo a seguir por toda España e inicio de nuestra supuesta modernidad, pasaba por lo mismo, junto a gran parte de su equipo directivo y otros interesados condescendientes, que nunca se despegaron de él y ya tendrán tiempo de pedir disculpas, espero, fue como volver al origen. A la nada.

Todo por la soberbia gestión de su poderosa directora, Consuelo Ciscar. Al fin salía a la luz la compra de obras de arte de dudosa autenticidad y, lo peor, cotizaciones muy por encima del valor de mercado. Asimismo, la utilización de la institución y su puesta en bandeja al servicio de amigos y familiares. Hasta negociaciones y negocios con personas inculpadas en casos de blanqueo de capitales.

Más tarde, Ciscar sería imputada por presunta malversación, prevaricación y falsedad mientras su marido, Rafael Blasco, terminaría en la cárcel por desviar, como conseller de nuestra Generalitat, fondos destinados a cooperación internacional.

El círculo terminaba de cerrarse, o se abría definitivamente. Significaba el fin de una época, la misma que en estos casos y otros muchos, los tribunales a día de hoy aún deben de juzgar. Por no hablar de muertes violentas que afectaron a cargos públicos investigados por el amaño de comisiones, o el blanqueo de dinero.

Era el final de una época que no debemos olvidar, en la que el talento era lo de menos y donde primaba el servilismo y el aprovechamiento personal. En el fondo, podríamos haber sido de verdad una sociedad modélica y ejemplo a seguir. Pero la ambición ciega. Ya lo dijo Rousseau en su “Discurso sobre las Ciencias y las Artes”: las artes depuran o corrompen las costumbres. A nosotros, por desgracia, nos tocó la peor parte con tres expresidentes en el banquillo y no se sabe en su totalidad cuántos altos cargos inculpados. Muchos años de saqueo perdidos de los que solo nos queda la memoria como testigo. Ya lo decía al comienzo: no se puede olvidar la historia y para entenderla hay que conocerla, pero nunca borrarla.

A modo de epílogo

Si bien el objetivo de este trabajo era analizar o dejar constancia del periodo cultural comprendió entre 2008 y 2018, los años en los que la denominada crisis entró y se perpetuó en nuestras vidas, azotándolas con una virulencia desconocida e inesperada, también es cierto que resulta complejo valorar resultados objetivos más allá de lo desarrollado, hasta la supuesta fecha de conclusión del ciclo. Las realidades

han sido cambiantes y complejas para poder analizarlas en toda su extensión. Tampoco existe mayor relato que una vuelta a una normalidad de gestión y la asunción de una deuda interminable, tras un descalabro público.

Lo bien cierto es que el declive de nuestra realidad encontró o topó con su absoluta decadencia, antes de la conclusión de la década, pero también que fue creciendo durante años posteriores, como antes se ha reflejado. Aún está entre nosotros y nadie sabe cómo será el futuro.

También, que fueron dos los ejemplos o puntos de inflexión de esa decadencia antes y después de esas fechas establecidas. Por un lado, durante los primeros años de los noventa con el cambio de gobierno y color político con el caso del teatro romano de Sagunto y, posteriormente, ya entrada la primera década de 2000, con el cierre de la televisión autonómica y la constatación de los múltiples casos de corrupción que salpicaron nuestra historia más reciente. Pero fue durante esos años finales cuando la política cultural entró en un declive considerable que permitió, por otro lado, un interesante rearme social de gran calado y digno de ser analizado en otro capítulo.

La sociedad o gran parte de los actores culturales comprobaron que la gestión institucional –la madre del reparto económico– iba en contra de sus esperanzas y que como colectivos sufrían una absoluta desatención, bien por el desgaste de la propia gestión y los vicios adquiridos por nuestros gobernantes, los mismos que se habían perpetuado en los cargos considerándolos propios pero frente a un tipo de modelo cultural ya inexistente y viciado que motivó el consiguiente distanciamiento entre administraciones públicas y sociedad civil.

Sin embargo, ese enfriamiento o desencuentro cultural y social provocó un efecto a tener en cuenta, ya que propició la aparición de nuevas alternativas culturales o movimientos urbanos que se tradujeron en festivales de todo tipo, un hecho que permitió un rearme de barrios y colectivos, a través de propuestas e iniciativas privadas, muchas de las cuales actualmente sobreviven y que generaron un nuevo discurso cultural, desvinculado inicialmente del institucional. Al menos, actuó y sirvió como rearme.

El cambio de gobierno con el denominado Pacto del Botánico por el que la Generalitat, después de veinte años de gobierno de los populares, pasaba a ser gestionado por tres partidos progresistas –PSOE, Compromís y Podemos– despertó muchas expectativas y no menos esperanzas. Quizás sea pronto para valorar unos resultados que después de una primera legislatura han mantenido un aspecto de inercia, también para muchos desilusionante después de tantos años

Mostra de Cinema del Mediterrani, 1985 - Vicente Garcés, Gulietta Masina y Francisco Carrasco. Foto: García Poveda.

de decadencia. Todos esperaban mucho más. O al menos confiaban en un cambio tan radical que el propio sistema y la realidad económica y política hacía imposible y hasta inviable. El problema, por parte de unos fue la ausencia de una política cultural clara y definida. Por parte de los otros, indefinición. O también, pánico escénico.

Recuerdo que un grupo de intelectuales valencianos se agrupó en torno a unas jornadas, cuyo objetivo fue analizar y reflexionar sobre un nuevo modelo de política cultural que sirviera de base para un posible gobierno socialista. Pese a su interés y las propuestas, todo aquel capazo de iniciativas no sirvió de nada. Solo una pérdida de tiempo y el distanciamiento de quienes habían confiado en un posible cambio.

En la política, como en la justicia, los tiempos nunca corren al paso que la sociedad desearía. Prueba de ello es la cantidad de casos de corrupción y mala gestión descritos en estas líneas, aún pendientes de ser valorados judicialmente o sentenciados y resueltos, e incluso los generados con posterioridad ya con nuevo Gobierno cuyos vicios tan criticados, se repetían casi sin tiempo a respirar con la entrada de nuevas caras en la Diputación de Valencia que ya repetían vicios pasados.

Prueba de ese desequilibrio y modelo cultural salvaje aplicado durante más de dos décadas y del desinterés real hacia lo público lo hemos podido ver recientemente con el cierre de algunas instala-

ciones públicas como teatros o auditorios en cuyo mantenimiento no se había invertido nada en lustros, ni se había efectuado ya con el nuevo poder al frente.

Aún así, hay que reconocerlo, cierta normalidad económica ha vuelto a la esfera pública, pero también ciertos vicios en los propios modelos de gestión parecen haberse perpetuado, aunque bajo un nuevo envoltorio. La designación de cargos por concurso público funciona como tapadera e imagen exterior, pero trasgrede sus enunciados y promesas de verdadera transparencia. Volvemos al origen: no están los mejores ni los más preparados sino que continua pesando la burbuja de la afinidad política y el poder de las siglas de partido. No prima siempre la profesionalidad al frente de la gestión.

La gestión pública o la cultura no pueden ni debe estar al servicio solo de quienes gobiernan o de aquellos afines que adulan. Debería de existir otro tipo de prioridad, como es el bien o fin común. La realidad se encuentra aún muy lejos de la propaganda. La cultura tiene ideología pero no propiedad ideológica. Al menos, si creemos en ella como escalera de madurez y servicio social más allá de credos, dogmatismos, creencias y colores políticos ya que debe de servir para moldear sociedades cultas y preparadas, pero, sobre todo, para crear individuos libres e independientes manejados únicamente por su propia inteligencia y personalidad. La cultura hace que una sociedad sea libre. Todo lo demás es corrupción intelectual.

No podemos olvidar, además, que el modelo de comunicación ha cambiado drásticamente, así como la difusión de los hechos, con la aparición de miles de nuevas plataformas, que nos han conectado con el mundo en tiempo real.

Los medios ya no están en manos de quienes manejan al poder aunque también los utilicen en su beneficio propio, algo que, por otro lado, nos obliga a ser más cautos y menos crédulos con ellos mismos y sus intereses particulares. Los políticos han dejado de ser el medio. La culpa es esa misma decepción. Vivimos un mar de cultura y culturas. Esa cultura de poder morirá, definitivamente, si se continúa entendiendo que es sólo del poder porque la paga o la cree propia.

La cultura es de quien nos la hace llegar y la comparte, no de quien la impone con intereses espurios o creencias ideológicas porque es una nueva forma de manipular conciencias bajo una apariencia de normalidad. Nosotros, como sociedad civil, culta y libre somos responsables de exigirlo y de rechazar imposiciones. Por suerte somos libres para elegir y exigir un cumplimiento transparente y honesto. Pero sobre todo no olvidemos nuestra historia. Al menos para no repetirla.